Árbol de la Vida, árbol de Pascuas, árbol de Jesús…

"En el principio, cuando Dios creó el cielo y la tierra… plantó un árbol en el Jardín de las delicias, a Oriente" (cf. Gen 1,1; 2,8). Un árbol estaba al comienzo y un árbol estará al final (cf. Ap 22, 1); es el eje, porque el árbol de la vida es la cruz del Señor Jesús: el que viene en Navidad viene para la Pascua.

La costumbre de colocar un árbol adornado durante el Adviento en preparación de las fiestas de Navidad ha desbordado ya el ámbito de los hogares creyentes. Encontramos este signo en las iglesias y en las calles, e incluso en comercios o lugares sin especial referencia cristiana. Algunos, incluso, pretenden presentarlo como alternativa al "belén" o pesebre de tradición latina o, sin más, como mero símbolo de fiestas de invierno y Año Nuevo. Sin embargo, pocos signos populares hay tan antiguos y tan específicamente cristianos como el abeto navideño: su objeto ha sido siempre recordar a los fieles que Cristo, nacido por nosotros en Belén de Judá, es el verdadero Árbol de la vida (Ap 2,7), Árbol del que fue separado el hombre a causa del pecado de Adán (Gn 2,9).

No olvidemos que -en latín- la palabra *malum* indica la maldad del pecado pero que, también, *malum* significa manzana. Las manzanas en el árbol son una autentica catequesis plástica de la liberación que Cristo nos ha traído: Él ha quitado el pecado del mundo al subir al árbol de la cruz.

En la evangelización de Europa…

La tradición resalta el carácter específicamente religioso del árbol vinculado a la evangelización medieval de los pueblos bárbaros. **Martín**, el santo gallego (+ 580), relativiza los cultos a las aguas, los árboles o las rocas: todo esto preparaba a Cristo, que trae el Agua de la Vida, es la Luz del mundo, Árbol de la Vida y Roca de nuestra fe. Asimismo, en los trabajos evangelizadores del gran **san Columbano** se sitúa la leyenda de la iluminación de un abeto en Nochebuena con una Cruz luminosa de antorchas (Luxeuil, 590). **San Bonifacio**, el apóstol de Alemania, en el trabajo misionero realizado en Hessen, se atrevió a talar, en el año 724, el famoso roble de Geismar, que era venerado con honores divinos. Con la madera del árbol dedicado al dios Thor /Donar, el santo obispo hizo construir una capilla en honor de San Pedro y en el lugar plantó un abeto en honor a Jesucristo. Con este episodio, aparentemente insignificante, asestó un golpe decisivo contra el paganismo de la región. Así, el cristianismo se inculturaba; las antiguas costumbres perdurarían, pero con un significado nuevo.

En efecto, la decoración de las ramas con luces se inscribe en las costumbres culturales de regeneración de la luz, cuando los días comienzan a crecer con el solsticio de invierno. Estas prácticas del árbol de la luz (*Lichterbaum*) eran propias del ambiente escandinavo y germano. Según las antiguas creencias de

aquellos pueblos las plantas siempre verdes tenían el poder de conjurar los malos espíritus, los cuales actuaban, sobre todo, en los oscuros días de invierno. Por el contrario, los cristianos confesaban al Dios que brilla en la tiniebla, reconocido por los pueblos por el esplendor de su luz (Is 60,3; Ap 21,24).

Así, el panonio san Martín de Braga, apóstol en Galicia, aquel celta itinerante san Columbano de Bobbio o san Bonifacio de Fulda, inglés de procedencia y romano de formación, que llevaron a cabo una de las mayores acciones misioneras de la historia de la Iglesia y cuya obra fue factor decisivo para el desarrollo de Europa, están en la base del árbol que adornamos estos días. Sus catequesis eran muy sencillas y de fácil comprensión para aquellas gentes medievales que vivían al compás de los ritmos de la naturaleza: en medio de los árboles muertos por la pérdida de la hoja, el abeto **verde** se presenta como signo de Cristo, el Viviente (Ap 1,18); su silueta triangular nos habla del Dios Trino; en ese árbol lleno de luz se reconoce a Aquel que es luz del mundo (Jn 8,12); con la estrella, que condujo a los magos desde Oriente (Mt 2, 1ss), reconocemos al que con su nacimiento nos conduce a Dios, que habita en una luz inaccesible (1 Tim 6,16).

… y en los cuentos populares

Desde hace siglos, con el fin de integrar el símbolo universal del árbol de la vida, la gente sencilla acuñó las leyendas. Muy extendida era la creencia según la cual de una semilla del árbol del Paraíso había nacido otro árbol, de cuya leña siglos más tarde se haría la cruz salvadora del Gólgota.

Los cuentos en torno al fuego de invierno también se ocuparon de situar el pino en medio del cosmos que se renueva por la Redención, que comienza en el Nacimiento de Cristo. En pleno siglo X, a los niños se les contaba que en la Noche de Navidad no sólo cantaron los ángeles y se alegraron los pastores (Lc 2,8-15); en medio de aquel silencio, cuando el Verbo por quien todo fue hecho (Jn 1,3.10) vino desde el trono real de los cielos (Sab 18,14-15), la creación pareció cobrar **nueva** vida. Y se decía que, por un instante, esto se hizo manifiesto: hablaron los animales (Is 1,3; cf. Hab 3,2), las flores se abrieron en medio del frío, se vieron por doquier los mejores frutos en los árboles (Sal 1,3). Únicamente el abeto, que nunca florece, no pudo expresar la alegría del cosmos ante la venida del Redentor (Sal 95,12). Por eso cuentan que el Señor, tomando en sus divinas manos un manojo de estrellas (Ap 1,16), se las arrojó sobre las hojas, quedando así resplandeciente de luces. Otra versión del mismo relato presenta al árbol cerca de la gruta de Belén sosteniendo la estrella que había guiado a los Magos, “embelleciendo el lugar santo” (Is 60,13).

Árbol de Pascuas…

Tenemos un dato del pueblo alsaciano de Sélestat: la Navidad de 1521 se celebraba con el adorno del árbol. También en Estrasburgo, en torno a 1605, se extiende la costumbre de colocar regalos y chucherías en el pino. Los dulces eran elaborados con leche y miel evocando la Tierra Prometida (Ex 3,8.17), a la que el árbol de la Vida –símbolo de Jesucristo- daba acceso (Ap 22,14). En no pocos lugares los confites se sustituían con pan bendecido (*eulogias*), que evocaba la Eucaristía (Jn 6,51). El "admirable intercambio" que canta la liturgia natalicia se expresaba así de forma sencilla: el árbol de la cruz actualiza su misterio en la Eucaristía. En ella, como en el misterio de la Manifestación (1 Tim 3,16), "Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios".

En el siglo XVIII el árbol de Pascuas llega a Inglaterra: encontramos el dato en 1789. Allí, junto con las luces y las manzanas, lo encontramos adornado con las figuras de María, José, el buey, la mula y el Niño Jesús; en la cúspide, la estrella: es la fusión de las tradiciones latinas y germánicas. Es bien conocida la difusión del abeto que se hace desde la corte inglesa de la reina Victoria. En 1869, Charles Dickens prologaba "Cuentos de Navidad" con un magnífico ensayo sobre el árbol luminoso.

En Roma, desde el s. XX, se alza, junto a la representación de la gruta de Belén, ante la basílica vaticana.

… y memoria del Paraíso

El árbol de Navidad evoca otros dos árboles: el del Paraíso y el de la Cruz. El Paraíso es el lugar primigenio donde Dios coloca al hombre. Jardín de bosques y espesuras plantado en Oriente (Gn 2,8), es decir, en Cristo, pues Él sería llamado "Oriente" (Zac 3,8; 6,12 en griego; Lc 1,78). Y, cuando vuelva como Señor de la historia, lo hará desde Oriente (Mt 24,27a), reflejando la luz eterna (Sab 7,26) y brillando hasta el ocaso (Mt 24,27b). El árbol, así, se convierte en recuerdo continuo de nuestra auténtica patria –el Paraíso- a la vez que nos hace crecer en la esperanza (cf. Rom 8,24).

Ahora bien, el árbol de la vida en el Paraíso es la Sabiduría (Prov 3,18), y esta sabiduría de Dios es Cristo crucificado en el árbol de la Cruz (1Cor 1,23s.). El árbol, origen de la culpa que ensombreció el mundo en las tinieblas, se ha convertido por la muerte de Cristo en fuente de luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (cf. Jn 1,9; 1Jn 1, 5). El árbol de la Cruz es símbolo pascual que nos hace evocar la gloriosa victoria del León de la tribu de Judá (Ap 5,5); adornado en Navidad -con luces y manzanas- es expresión de fe en el cumplimiento de las promesas en Cristo: "se alegran los árboles del bosque ante el Señor que viene" (Sal 95,12-13).

Cedros, pinos y cipreses son para el profeta árboles paradisíacos. El árbol de hoja perenne refiere la presencia del mismo Dios: "Soy como un abeto siempre

verde” (Os 14,8s). Estas plantas de hoja perenne son señal eterna de alegría y paz (Is 55,12s.) que hacen brotar la confesión de fe: la culpa de Adán del hombre ha sido borrada por la encarnación de Cristo, que ha cargado sobre sí el pecado dándonos el remedio de la vida (cf. 1 Pe 2,24; Rom 5,18). Esta teología se traduce en un lenguaje popular: en las ramas de los árboles cuelga manzanas (estilizadas en bolas), simbolizando el pecado que Cristo ha colgado del árbol de la cruz (cf. Col 2,14). La manzana de la discordia ha llevado al hombre a la *muerte*; Jesús –cuya venida se celebra en esta época del año- trae la *vida* (cf. Jn 1,4; 1 Jn 1, 2).

En diferentes lugares en torno al árbol surgieron representaciones de teatro sacro (*Auto de los Reyes Magos*, etc.). Los personajes de la historia de la salvación y ancestros de Cristo (ángeles, diablo, la estrella, Adán y Eva…) quedaron “retratados” en las ramas del árbol como figuritas: coro de ángeles, serpiente o dragón, las manzanas del pecado y, sobre todo, las velas o candelas utilizadas para expresar la luz que brilla en las tinieblas (Jn 1,5) y que habían servido para evocar el Sol que nace de lo alto (Lc 1,79).

El encendido de árbol, con una oración de oración de bendición, es una plegaria en acción u oración no verbal: confiesa a Cristo como Luz del mundo (Jn 8,12) y, a la vez, suplica que resplandezcamos “luminarias de su gloria”.

Junto a este árbol levantado (cf. Jn 12,32) se reúnen las familias cristianas para celebrar la Luz y la Vida (*Fós/Zoé*). Una imagen del Niño o un icono de la Natividad –con la oración comunitaria- contribuirán a resaltar este símbolo ecológico de la Navidad recordando que “las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya” (1Jn 1,8c).

Manuel Glez. López-Corps, Pbro.

2017 A.D.